



HIGIENE MENTAL Y PRÁCTICAS CORPORALES EN EL PORFIRIATO

Carlos Olivier Toledo¹
Facultad de Estudios Profesionales Iztacala
Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

Este escrito presenta un esquema sobre la expansión y consolidación de las prácticas higiénicas en el porfiriato. Se parte de un evento elemental: la higiene llega en la primera mitad del siglo XIX a México. Fue el médico José Lobato quien se dedicó a enseñarla y promoverla; como proyecto de Estado, en sus inicios, la higiene estuvo dedicada a la configuración geográfica del país, sin embargo, al tiempo se extendió como configuración geográfica del cuerpo y la mente; el porfiriato fue el periodo donde la higiene se escribió sobre el cuerpo y la mente, generando prácticas excluyentes que iban desde la limpieza de las uñas, de la lengua o del cabello hasta el uso moderado de las emociones, pensamientos y sentimientos; produciéndose de este modo el nacimiento de la psicología como una dimensión del rostro de la moral del cuerpo y la mente, es decir, de la higiene.

Palabras clave: Higiene, exclusión, cuerpo, mente, locura.

ABSTRACT

This document is presenting an outline about the expansion and consolidation of hygienic practices during the Porfio Diaz period of government. Beginning with an elementary event: hygiene comes to Mexico during the first half of XIX Century. It was M. D. Jose Lobato who dedicated part of his life to teach it and to developing it as a Project of the State. At the very beginning, hygiene was most directed to the geography in the

¹ Profesor asignatura en el área de Psicología Social Teórica de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México; E-mail: oliviertc@campus.iztacala.unam.mx

Mexican country. However, by the time it was extended as a geographic configuration of the body and mind, the Porfirio Diaz government was the period when this topic “hygiene” started to be written as both body and mind, creating exclusive practices. For example, cleaning the nails, the tongue or hair, even the moderation in the expression of great emotions, thinking or feelings. The result of these is the start of Psychology as a dimension of the face of morals for the body and mind, meaning hygiene.

Key words: Hygiene, exclusion, body, mind, madness.

Uno es el hombre que anda por la tierra y descubre la luz y dice: es buena; la realiza en los ojos y la entrega a la rama del árbol, al río, a la ciudad, al sueño, a la esperanza y a la espera.

Jaime Sabines
Uno es el hombre

Introducción

Quiero dedicar mi reflexión a lo que considero *el problema* de la higiene corporal y mental durante el porfiriato. Considero que la higiene ha sido una de las tecnologías más importantes inventadas y perfeccionadas durante el siglo XIX y XX. El descubrimiento de estrategias, modos y mecanismos para cultivar la higiene medioambiental, corporal y mental de algún modo promovió, o por lo menos eso se intentó, la conservación de la vida. Sin embargo, he decidido, por más interesante que esto pueda ser, reflexionar sobre la higiene como un proyecto de Estado que nace con características medioambientales, pero que termina siendo considerada como una ciencia y moral del cuerpo-mente, instituyendo tecnologías corporales, siguiendo a Mauss, que buscarán –y en mi opinión lo logra– inventar al mexicano. Por su puesto sabemos –demasiados estudios sobre el porfiriato lo demuestran– que el México supuestamente moderno no encarna en todos, sin embargo, hasta los mal llamados indios, al tiempo, terminaron limpiándose las manos o los pies, o utilizando sacos o vestidos como signo mínimo de pulcritud, civilidad e higiene.

La incorporación de la higiene corporal y mental como recurso profiláctico para una vida “saludable”, puede ser muy loable, sin embargo, se vuelve un problema en el momento en que ésta es erigida por el grupo de poder como un

recurso para establecer la frontera entre el hombre y el animal; entre el ciudadano y el salvaje; entre el civilizado y el primitivo; entre el normal y anormal o entre el cuerdo y el loco; considero que las ideas higiénicas intencionalmente mal derivadas del estado moderno establecieron fronteras que hasta ahora no hemos logrado trascender.

De este modo, la idea que ensayaré consiste en presentar un esquema que muestre la expansión de la higiene y su consolidación como proyecto de Estado que generó prácticas higiénicas moralizantes para el cuerpo y la mente. La práctica higiénica fue una propuesta estatal sobre la corrección geográfica del país, pero al tiempo terminó enunciándose como la necesaria Ley de la geografía corporal y mental del mexicano. Considero que las prácticas higiénicas son una escritura sobre el cuerpo y la mente en la medida que codifican formas de estar y sentir sobre sí y sobre el otro. La institución de miradas, olores, sabores, tactos, vestidos, afectos o formas de ser modernas son una escritura conquistadora, al final, el Estado es el conquistador que escribió en y el cuerpo del otro, trazándole una tradición que al tiempo se naturalizó (Certeau, 2006).

Detrás de las cortinas mantendré la idea de la higiene como una retórica discursiva del poder estatal con pretensiones legitimadoras de su estar; erigirse como la figura paternal que aspiró al convencimiento del pueblo sobre su idea en torno a cómo es que la vida debe ser vivida y quiénes deben dedicar sus esfuerzos a enseñarla, ¿o debería decir inventarla?

La psicología, desde esta óptica, se esgrime como la consolidación del programa higiénico. Será tarea del lector determinar si en la actualidad la psicología continúa, extiende o elimina el grado de perversión con el que la higiene –o la moral del cuerpo-mente– nació.

Divido mi ensayo en dos apartados. El primero esboza el tipo de intereses para los que la higiene fue usada y consolidada; el segundo se aproxima a la transformación que sufre la higiene; configurándose como el instrumento que codifica al cuerpo y la mente, hasta producir el surgimiento de la psicología.

Por su puesto, advierto las carencias de un esbozo como este que se aproxima a la función de la higiene en el cuerpo-mente dejando a su paso una

buena dosis de interrogantes; por ejemplo, ¿cuál fue la función de las Sociedades de temperancia en la consolidación del programa higienista? ¿Hasta dónde la higiene liberó al cuerpo y hasta dónde le forjó grilletes ad hoc? ¿Cuáles fueron las estrategias usadas por el Estado para introyectar en el cuerpo-mente la idea de la higiene, recordando el elevado índice de analfabetismo vivido en el país? Estrategias, por cierto, llegadas del cerrado círculo burgués que se consolidaba en el país. En fin, ¿hasta dónde la higiene del cuerpo y la mente es una herencia virtuosa o lastimosa de nuestra tan golpeada modernidad? Al final, no estaría de más preguntarnos sobre la cantidad de abono que dio la psicología para la consolidación de un deber ser encarnado en el cuerpo-mente y ajustado al sistema del capital.

I. Consolidación de la práctica higiénica.

En 1878, dos años después de haberse iniciado la dictadura de Don Porfirio Díaz, se llevó a cabo en París el Congreso Internacional de Higiene, en donde los más de mil participantes se interrogaron sobre los problemas higiénicos más profundos y las estrategias que los Estados debían aplicar para detenerlos. Diversos temas se abordaron, pero tres fueron los que causaron mayor análisis: 1) la contaminación de las aguas. De esto se comentó que los ríos vivían serios problemas de infección y que llegaban, incluso, a la contaminación de los alimentos, “ríos negruzcos y cubiertos de restos orgánicos de toda especie y de una espesa capa de grasa; las orillas estaban cubiertas de una masa repugnante y sometidas a una fermentación continua al aire libre” (S/A, 1878, p. 2). Esto preocupaba a los higienistas debido a que los ríos en estas condiciones era un foco permanente de infección que ya impactaba a la vida marina, “a veces sobrenadaban en una larga extensión bandas de peces muertos” (S/A, 1878, p. 2). Los temores de éstos se hacían más evidentes cuando relacionaban a la contaminación con las epidemias del cólera y el tifus; enfermedades que constantemente se presentaron a lo largo del siglo XIX.

2) La profilaxia de las enfermedades contagiosas. Reflexionaron sobre el impacto de las enfermedades transmisibles en la humanidad y el modo de

detenerlo; los higienistas creían que el mejor método consistía en “el aislamiento de los enfermos atacados de esas afecciones” (S/A, 1878, p. 2). Se buscaba, principalmente en Inglaterra, que las ordenanzas de aislamiento se cumplieran tanto en los hospitales como en los hogares; sólo de este modo, consideraban, se cumpliría la verdadera revolución higiénica, “representada por la máxima de Mr. Smith: “Toda persona que se exponga o exponga a las demás al riesgo del contagio, comete un acto criminal y debe ser castigada rigurosamente. Toda persona que, atacada de una enfermedad contagiosa cese en su trabajo con el fin de no extender el contagio, tendrá derecho a una indemnización de sus pérdidas (S/A, 1878, p. 2).

3) La mortandad infantil. Al respecto se dijo que la mortalidad de los niños de corta edad había aumentado notablemente; Francia y España eran países que vivían la pérdida frecuente de los recién nacidos; por ejemplo: en Francia, en las comunidades rurales, “la mortalidad de los niños se eleva al 90 por ciento de los nacidos” (S/A, 1878, p. 2). Se afirmaba que esto, además del abandono que sufrían los recién nacidos por parte de las madres ya que éstas se iban a trabajar a las ciudades como nodrizas, se debía a las malas condiciones higiénicas.

En México, nueve años después de este Congreso, la mortandad infantil seguía preocupando. El Consejo Superior de Salubridad informó que del 1° de enero al 30 de junio el número de defunciones, sólo en la capital, ascendía a 6, 998 (S/A, 1887, p. 174). Al mismo tiempo el promedio de vida era de 27 años. ¿Cómo podía existir un país –con aspiraciones a la modernidad– con una población que estaba muriendo a edad temprana?

Esto fue un problema serio para los médicos e intelectuales del momento por una sencilla razón: ningún país puede existir sin población que lo habite. Para la década de los 80 del siglo XIX la cifra de muerte es muy elevada para una población calculada en 250, 000 habitantes y el promedio de vida es muy bajo en comparación a otras naciones. Esto indica, sin ser fatalistas, que el país se debatía entre la vida y la muerte. No era gratuito que en 1879, el doctor José Lobato, propusiera, a través de lo que llamó como *higiene sociológica*, la prevención de las enfermedades a través del estudio de las condiciones

demográficas que rodeaban al mexicano. Alberto Castillo reporta que, respecto a la mortandad infantil, “En su informe correspondiente al año de 1879, el Consejo Superior de Salubridad señalaba que la mortalidad infantil en la Ciudad de México para ese años había sido de 5 150 niños, lo que representaba un promedio alarmante de casi 50 por ciento. La cifra anterior nos proporciona una referencia bastante precisa del alto índice de mortalidad infantil predominante en la urbe capitalina en las últimas décadas del siglo, al tiempo que nos sugiere un incremento en la preocupación de las autoridades médicas ante este tipo de situaciones, en las que destacaban por su mayor vulnerabilidad la población infantil de los grupos marginados” (Del Castillo, 2001, p. 3).

Frente a esta situación, cuáles fueron las posibilidades que tuvo el país para salvar el atolladero. Considero que se presentaron dos, ambas dirigidas al cuerpo. Por un lado la propuesta terapéutica y por el otro, la profiláctica. Por el lado terapéutico se construyeron espacios de intervención para enfrentar a la enfermedad y restablecer la salud. Técnicas, metodologías, especialistas, cirujías, pastillas, jarabes, ente otras, se pondrán a la orden del Estado para salvar la vida de los habitantes. La profilaxis, por su parte, incorpora un pensamiento distinto al terapéutico: busca la prevención, no la intervención y evita la enfermedad. Mientras que la terapéutica encara la enfermedad; la profilaxis se acompaña de la salud. La profilaxis busca preservar la salud, la terapéutica regresar a ella. El espacio donde la profilaxis se inserta no es el hospital, dispensario o consultorio, ni la cárcel o reformatorio, sino el hogar, las calles, la escuela o templos. La estrategia es simple: higienizar la vida; purificar la ciudad, la sociedad, el cuerpo y su rincón más profundo: la mente. En este sentido, en 1878, el higienista García, a través del periódico *La Abeja*, afirmaba la necesidad de “vulgarizar los preceptos higiénicos desde la primera infancia (e incidir) en el aire, la habitación, la limpieza doméstica, los vestidos y la limpieza del cuerpo, los alimentos, los condimentos, las bebidas, el ejercicio, el recreo, el descanso, el sueño, las pasiones y el ánimo” (García, 1878, p. 1). Y así fue, en 1890 Luis E. Ruiz, uno de los mayores higienistas del México porfiriano, escribía que la higiene había sido inscrita en los programas de las escuelas normales primarias “Basta que los maestros sean

capaces de comprender toda la importancia de la higiene en la vida y que estén bien convencidos de esta importancia, para que no la olviden ni un momento [...] ayuda al provecho del desarrollo moral” (Ruiz, 1890, p. 1).

Sin embargo, en 1886, Francisco Flores en su libro intitulado *Historia de la medicina en México desde la época de los indios hasta la presente* afirma que en México y Europa se sabía poco de la higiene. Como prosélito del positivismo, este médico hace una lectura de la historia de la medicina según los tres estadios, considerando que el atraso de la higiene se debe al periodo metafísico por el que, a menos de 60 años, el país acababa de pasar. Fue el 23 de octubre de 1833 con la creación del Establecimiento de Ciencias Médicas donde se acuerda la enseñanza de la higiene.

Al Dr. José Guadalupe Lobato se le debe la propagación del pensamiento higiénico en el país. Su pensamiento higiénico estuvo dirigido a las condiciones naturales y sociales de país. Sus estudios versaron sobre la bebida nacional, el pulque, las aguas minerales del Distrito Federal, o las aplicaciones industriales de la higiene, meteorología aplicada al desagüe del valle y sobre la aclimatación en la República. Como vemos, la higiene fue una ingeniería dirigida al mejoramiento de la ciudad. Todavía en 1885 la higiene, ya extendida al cuerpo, conservaba sus orígenes, ya que *El Monitor Republicano* decía que se debían hacer cambios en el sistema de desagüe. Aunque por su puesto, ya hay una clara dirección a la salud. Los malos olores y la insalubridad del agua derivaban en asfixias o muertes. Se trata de hacer que la higiene vea por la salvación del pueblo (S/A, 1885, p. 3). Deseo resaltar la importancia de estos acontecimientos, aunque no son los únicos, porque marcan el inicio de un programa de higiene social que, como veremos derivará en el sujeto. En la primera mitad del siglo XIX se vive una representación muy rudimentaria sobre la higiene que se sofisticó con el transcurso de los años. Incluso la higiene se expandió del espacio público al privado. El argumento consistía en que frente a los “horrores del exceso de la población” había que ayudarles llegando a los espacios más privados:

Los economistas nos dibujan con negras tintas los horrores del exceso de población, la miseria trae consigo, la baja de salarios y la consiguiente mortalidad [...] Así se ha llegado a establecer la vacuna

obligatoria, la higiene de las habitaciones, las cuarentenas y otras muchas medidas sanitarias que atacan aparentemente el derecho individual pero que en realidad lo favorecen para el bien de todos (Almaraz, 1889, p. 1).

En estos términos, la higiene nace como ideología, antes que práctica de salud. Me interesa pensar en esta dirección, porque es desde aquí que podremos comprender cómo es que en la higienización del cuerpo la mente se ve impactada, al grado de provocar el nacimiento de una profesión, producto de una ideología higienista. Insertar a la higiene como posibilidad para evitar la muerte de los particulares no debe llevar, necesariamente, a la conclusión de un Estado comprometido con el mexicano. Puede haber otra interpretación.

Con la consolidación de la comunidad médica en la primera mitad del siglo XIX, se desprende un discurso higiénico; un discurso que no nace de la población, sino del grupo que se asumió como representante del Estado. La higiene, como ingeniería, nace para todos, pero no llega a todos, al final se buscaba construir un mundo centralizado en “lo urbano” no en lo rural, ni siquiera en los suburbios. Por eso es que la higiene nace como un proyecto en sí mismo excluyente; porque el mundo a construir, es el mundo de los médicos, políticos, académicos, y en general, de los que son parte de la centralidad, no de las periferias. Si bien, en teoría, el pensamiento higienista es una propuesta de inclusión y de conservación de la vida, en la práctica, no cobija al mundo popular; porque ese cosmos no tiene los parámetros de limpieza, pulcritud y civilización requeridos para la nueva nación.

Por ello no es difícil comprender la propagación institucional de la vida higiénica. Para la década de los ochenta la higiene se enseña en todos los estados que cuentan con escuela de medicina y en la capital la higiene se enseña en la Escuela Nacional Preparatoria, la Escuela Normal de Profesores, La Secundaria de las niñas y en las escuelas primarias, particulares y públicas. En esto también debemos incluir a los colegios protestantes como el instituto metodista de Querétaro y Puebla, la Escuela Evangélica “Hijas de Juárez” o El Colegio de Niñas.²

² Cf. La prensa protestante *El Abogado Cristiano Ilustrado*, *El Faro* y *El Mundo Cristiano*.

Para el último tercio del siglo XIX el pensamiento higienista se ha logrado extender, posiblemente más que el pensamiento terapéutico; por una razón elemental: el pensamiento higiénico resulta más económico que el terapéutico. Incidir en la vida cotidiana del particular es más barato y, según se ve, más redituable. Se afirmaba que las enfermedades y accidentes eran producidos por la imprudencia, ignorancia o el descuido de la higiene. La sanación y la vida prolongada será el corolario de las prácticas higiénicas llevadas con rigor (García, 1878, p. 1). El cultivo de la higiene no requiere de establecimientos médicos, instrumental especializado o de medicamentos. Reditúa, porque con menos inversión hay más salud.

Gracias al texto de Francisco Flores es posible ver el modo en que la higiene se expande como pensamiento y práctica. Va de una aplicación hidráulica hasta su extensión como propuesta para la reconstrucción de casas, calles, plazas, jardines, entre otros. La idea es establecer los preceptos que vayan dictando un modo de andar en la vida. Se pensó en la higiene de los excusados, de las habitaciones, dormitorios, cocinas; en los teatros, bibliotecas, mercados, oficinas, templos y escuelas.

Ya extendido el pensamiento higienista el Consejo Superior de Salubridad organiza por primera vez en la historia de México el Congreso higiénico-pedagógico afirmando la idea de higienizar todo: desde el tipo de letra escrita en el pizarrón, la ventilación, la forma de las salas de clase, la orientación del aula, e incluso, los modos de acomodarse en un pupitre. La higiene en México busca ir a la par de la higiene en otros países. Sin embargo, las condiciones de miseria que el país vive complican la teoría higiénica. Por ello, insisto, la higiene fue una ideología más que un pensamiento hecho a la medida del país.

Con todo y lo anterior, la higiene, de tener un fundamento socio-ambiental, termina instalándose en el cuerpo. "...no fue sino hasta fines del siglo XIX cuando el aseo corporal se asoció con una serie de prácticas y hábitos indispensables para preservar la salud y el vigor" (Agostoni, 2005, p. 563).

Diversas tradiciones religiosas y laicas unieron fuerzas para instituir ya no solo un pensamiento higiénico, sino una tecnología corporal fruto de una

domesticación en torno a la idea de lo sano y malsano. Es en este contexto donde la higiene como práctica cultural permite distinguir a un hombre de un salvaje, a un ciudadano de un animal, a un indio de un moderno. Gracias a médicos, higienistas, pastores, sacerdotes, liberales y conservadores la higiene obtuvo un lugar privilegiado que perdura hasta nuestros días: “La gran ciencia de nuestros días” se erige como “la moral del cuerpo”, como su égida (Silva, S/Año, p.10). Luis E. Ruiz escribía, “la higiene es el arte científico de conservar la salud y aumentar el bienestar” (en Agostoni, 2005, p. 564)

Así, la higiene, como moral del cuerpo, instituye ritos, mitos y creencias sobre éste. Modos de andar, indumentarias, cuidados de la lengua, tipos de peinado, el aseo de las manos, número de baño por semana, formas de cepillar los dientes, tratamientos para la piel, formas de limpiar la nariz, modos de sentarse en público, alimentos benéficos o perjudiciales, bebidas adecuadas, formas para generar hermosura, vacunas y cortado de uñas. En conclusión: si la institución de la terapéutica es la corrección del cuerpo, la consolidación de la práctica higiénica no es otra cosa que su reinención.

II. De la higiene corporal a la higiene mental. El nacimiento de la psicología.

En los últimos años del siglo XIX y principios del XX el cuerpo se reinventa. Se crean nuevos estilos de vivir. La higiene corporal estructura tactos, redimensiona y resignifica la función e importancia de la piel y su interior para la existencia. Ese es el interés final de todo proyecto de Estado: incorporarse hasta el último rincón de la piel. Al naturalizar el discurso higiénico-corporal del Estado, el particular descubrió un mundo inédito que era parte de él.

La higiene se volvió el modo de construir un cuerpo y obligarlo a encarar las adversidades impuestas para la vida:

Cada hombre es un batallador incansable de este mar turbulento de la vida y si en vez de disponer de un acorazado de buen blindaje, se lanza al combate en un barquiachuelo averiado, sin hélice ni timón, no tardará mucho tiempo en ser sepultado por las olas...La higiene y únicamente la higiene puede conducirnos a esos resultados. Fortalecer la máquina humana, tenerla lista y bien dispuesta para que marche sin tropiezo el

complicado engranaje social, es uno de nuestros principales deberes (en Agostoni, 2005, p. 575).

El discurso higienista obligó a la redefinición de tiempos y espacios corporales. Cualquier rincón de la vida se transformó, la idea de mujer, de hombre, conocimiento, espíritu, psique y cuerpo.

Con esto, el Estado se terminó de erigir como la figura paternal que decidió los cuidados y tratamientos, las formas y modos pedagógicos que el ciudadano debía seguir. Siguiendo a Foucault, fue el encargado de civilizar al cuerpo. En efecto, esto establece un tipo de vínculo novedoso entre sujeto y Estado; porque a partir de los cuidados corporales y formas de vida propuestas por el Estado, el sujeto construirá una noción de sí que impactará la relación con su cuerpo, con las formas y modos de atenderlo, y por supuesto, con sus estados afectivos. En 1907 *El Imparcial* escribía:

La neurastenia, efectivamente, es el propósito de las enfermedades de moda. Es además uno de los padecimientos que con mayor facilidad se soporta; dolencia "*sui generis*" producto de una civilización presurosa, febril, excitada, artificial en la cual las sensaciones son demasiado agudas, los movimientos cerebrales excesivamente intensos, y en que la sangre quema y los nervios se agotan.

Los siglos pasados conocieron los vapores que apenas merecen compararse con las crisis nerviosas de las mujeres de hoy en día.

Evidentemente es muy difícil asegurarse una existencia al abrigo de las fatigas cotidianas, sin preocupaciones, ni sobresaltos, ni pasiones, ni "sacudidas" de corazón. En todo esto hay mil sentimientos capaces de perturbar el sistema nervioso más sólido: heridas incalculables dejan sobre él su huella; hasta las mismas alegrías contribuyen a fatigarlo (S/A, 1907, p.1).

El cuerpo humano vivió una transformación con la llegada de la modernidad, de la constitución del país como nación y del discurso higienista que le acompañó. Así presenciamos el nacimiento de un cuerpo significado por un Estado que decidió quiénes deberían ser los encargados de los cuidados corporales y psicológicos.

El discurso de la higiene nunca dejó de ir a la par de la transformación del espacio y tiempo mexicano. Producto de tal transformación se generaron problemáticas emocionales vividas en las entrañas de la vida cotidiana porfiriana. Son varias, y al mismo tiempo preocupantes, porque son inexplicables a la luz de la

lógica médica. “la locura era eso que desquiciaba la razón”, escribía *el Imparcial* en 1904 (S/A, 1904, p.2).

Se afirmaba que la locura mental conducía al delirio, a la divagación y al disparate; pero éstas eran solo formas evidentes de enfermedad mental, lo problemático se presentaba cuando la enfermedad mental era imperceptible a los ojos del cuidador de la salud mental. Se decía que había formas exteriores de locura y eran demasiadas:

Hay locuras puramente sensorias; el paciente padece alucinaciones o ilusiones de fantasmas, cosas no existentes que para el enfermo tiene una realidad de lo real, de lo tangible y que no influyen poco ni mucho sobre el giro de sus pensamientos ni sobre el gobierno de su conducta y dejan intactas su razón, su sensibilidad moral y su voluntad.

Hay igualmente locos del sentimiento y de la pasión que conservan suficientemente su intelecto, para que se les juzgue de cuerdos. Existe por última la locura de voluntad, cuyas manifestaciones extremas son la testarudez indómita y la sugestibilidad irremediable.

En medio de todas estas locuras vivimos, con todos estos locos nos codeamos y todavía creemos que en San Hipólito y la Canoa se encuentran a los últimos enfermos del espíritu. Error profundo, aún hay otros más, muchos más en Belem y en la penitenciaría [...] son más numerosos los locos que no hacen ruido y que viven libres, impunes y amenazadores en la sociedad (S/A, 1904, p.2).

Al margen de las derivas que pudiésemos tomar a partir de lo anterior, me gustaría resaltar un elemento: la experiencia en torno a la condición emocional que viven los sujetos en el México porfiriano se ha visto trastocada por la modernidad, al grado de no poder distinguir quién padece la locura y quién no.

Ahora abonemos una idea más. A la par de esta “moda de la locura” el cuerpo sigue su proceso de invención higiénica. Los descubrimientos y códigos anuncian un programa sobre la higiene que busca extenderse a todos los sectores. De la higiene ambiental a la corporal y de ésta a la mental. Si la higiene se vuelve la moral del cuerpo, no lo será menos para la mente; de aquí en adelante, la mente también tendrá su moral. Por lo tanto, si el cuerpo se inventa, también será así para la psique.

La novedad de esta invención psíquica consiste en “la identificación de la fatiga psíquica, en imaginar sus dimensiones y en proponer mecanismos de

prevención. Aparece un nuevo objeto higiénico que no había sido tomado en cuenta: La higiene del neurasténico” (Vigarello, 1999, p. 368).

Máximo Silva habla de la histeria, de la fatiga intelectual, de la locura infantil (Silva, S/A, p 434), el Dr. López Hermosa de locura parálitica (S/A, 1897), de nervios, de neurosis, de neurosis ferrocarrilera, de neurastenia, entre otras.

Así las cosas, la mente debe ser higienizada. Si en el contexto de la terapéutica el desequilibrio mental presenta síntomas que deben ser medicados; en el contexto de la profilaxis mental se buscan cambiar las condiciones de educación escolar y familiar; en el trabajo, en la vida privada. Se busca que el hombre sea feliz en un mundo que le obliga a la tensión; el particular debe aprender mecanismos psicológicos para encarar un tiempo que agobia y un espacio que deprime.

Por eso se esgrimen cualquier tipo de explicaciones sobre la enfermedad mental; la idea es prevenir el mal. Purificar la mente para un pueblo pobre destinado a la “modernidad”.

La locura es hereditaria y se transmite de padres a hijos en el mismo sentido. Han se conocido familias enteras que han desaparecido completamente víctimas de la manía suicida. También es contagiosa según lo prueba la observación hecha en los que cuidan a los enajenados quienes acaban, después de un tiempo más o menos largo, en ocupar una celda al lado de los antiguos enfermos (S/A, 1885, p. 1)

Pero una verdadera higiene mental no espera el síntoma, recordemos, se acompaña de la salud. Por ello hay que ir a la vida cotidiana previa de esos que llegan a la locura, al suicidio, al alcoholismo, a la depresión, al asesinato, entre otros.

La higiene busca que el sujeto no enferme. Para ello hay que conocerlo, observar su conducta en la cotidianidad, sus complejidades, sus estrategias para encarar la adversidad.

Por ello la aproximación hacia las mujeres, hombres, niños, padres y madres. La idea consistía en comprender al sujeto que derivaba en enfermo mental. La psicología, el estudio de la mente, la ciencia del alma o como se le quiera signar debía tener la intención de comprender al enfermo, también, de prevenir el mal, Ezequiel Chávez escribía:

...con la psicología hay que dejar de lado la concepción metafísica del alma, en sí como entidad y como en las otras ciencias hay que considerarla como se presenta, es decir, como grados de entender este fenómeno, el delito y todos los referentes a la psicología, puesto que les sirve a los médicos, que sin ella no podrían comprender las enfermedades mentales, y que les sirve a los ingenieros, ya que estos son empresarios encargados de combinar trabajo, fuerzas de la naturaleza y capitales, para producir, todo lo cual es imposible que lo hagan debidamente si ignoran cómo funciona el hombre mentalmente; y ya por último que la psicología les sirve a todos los padres porque les da inapreciables luces para que puedan efectuar debidamente la educación de los hijos y por lo tanto el estudio de la psicología en la preparatoria, es un elemento indispensable para realizar la *educación intelectual y moral del alumno* (López, 1995, p. 174).

Para 1900 la psicología buscaba comprender, no solo al enfermo, sino a la multitud, al mexicano, su carácter y procesos psíquicos con la intención de evitar el arribo del particular a la psicopatología.

Así, el nacimiento de la psicología es producto de un programa sobre la vida que busca establecer un hombre nuevo, un hombre inventado para la modernidad; para enfrentar las consecuencias de un mundo que lentamente se está transformando. La psicología se esgrime como el corolario de un pensamiento higienista que buscó modelar al hombre hasta civilizarlo; la psicología es la nueva moral de la mente que a la postre establecerá parámetros para decidir quién es apto y quién no, quién es un enfermo mental y quién no, quién es un sujeto normal y quién ha rebasado los límites de la racionalidad.³ En este nudo de la discusión.

Referencias Bibliográficas

- Agostoni C. (2005) Las delicias de la limpieza: La higiene en la Ciudad de México. En Gonzalvo A. P. (Ed.) *Historia de la vida cotidiana en México*. T. IV. México: Fondo de Cultura Económica.
- De Certeau M. (2006) *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana-Estudios Superiores de Occidente.
- López R. S. (1995) *Historia de la psicología en México*. México: CEAPAC.

³ Beatriz Urías realiza un excelente estudio en el que muestra cómo fue que los encargados de la salud mental, psiquiatras y psicólogos, fueron parte de un proyecto de regeneración racial de la década de los años 20 a los 50 que derivó en prácticas racistas. Cf. Urías (2007).

Silva M. (S/A) **Higiene popular**. México: S/Editorial.

Urías H. B. (2007) **Historias secretas del racismo en México**. México: Tusquets.

Vigarello G. (1999) **Lo sano y lo malsano**. Madrid: ABADA.

Referencias Hemerográficas

Almaraz. (1889) Algo de higiene pública. **Siglo Diez y Nueve**, 96 (15).

Del Castillo A. (2001) Moral médica y secularización: el cuerpo infantil en el discurso médico del porfiriato. **Política y cultura**, (016) 1-23.

García. (1878) Economía, medicina y farmacia, nociones de higiene doméstica. **La Abeja**, 1 (22).

Ruiz L. E. (1890) La higiene en la escuela. **El Correo Español**, 2 (2).

S/A. (1878) Congreso Internacional de Higiene. **La Libertad**, 17 de octubre.

S/A. (1885) El desagüe del Valle de México. **El Monitor Republicano**, 24 de marzo.

S/A. (1885) ¿Qué es la locura? **Diario del Hogar**, VII, (196).

S/A. (1887) La mortalidad en México. **El Abogado Ilustrado Mexicano**, 1 (4).

S/A. (1897) Hospital de mujeres dementes. **El Imparcial**, II (276).

S/A. (1904) Las fronteras de la locura. **El Imparcial**, 25 de Agosto.

S/A. (1907) El peligro de los nervios. **El Imparcial**, XXIII (4093).